

motivo de semejantes observaciones. Nada, absolutamente nada dedujeron los críticos de su extraordinaria extensión, ni del propósito que animó al poeta, cualquiera que fuese la fuente de sus *cantares*; y sin embargo una y otra cosa debieron probarles que antes de realizarse y fijarse obra de tales dimensiones, se habrían escrito otras muchas poesías más cortas y fugaces, destinadas, no ya á bosquejar la vida entera de un héroe, sino á revelar un sentimiento ó á consignar un hecho digno de imitación y de alabanza.

Todo pues contribuye á darnos por seguro que no se halla tan clara y manifiesta, tan comprobada, como se ha pretendido, la prioridad histórica de la poesía escrita de los provenzales sobre la poesía castellana; siendo indudable que si de la cultivada por los que algo sabían pasamos á la meramente popular, nacida espontáneamente entre la muchedumbre ignorante, son todavía mayores las dificultades para admitirla. Aunque historiadores tan apreciables como Fauriel asienten lo contrario, según adelante advertiremos, no puede la poesía indígena de ningún pueblo sujetarse á extrañas influencias, sin abjurar de su originalidad, ni menos considerarse como hija de otra cualquiera, sin tropezar en el absurdo. Esto sucede sin duda en orden á los *romances*, nacidos, cual vá dicho, al sembrar los trigos; pues que los primeros cantos heróico-populares que tras las victorias de Pelayo entonan los cristianos, ya en la descompuesta lengua del Lacio, ya en las nuevas hablas que surgen de sus ruinas, se refieren naturalmente á una época en que carecían de comercio y comunicación aun con los árabes sus vecinos.

III.

Mas demos la prioridad histórica, como sin pruebas ni exámen suficiente la han concedido muchos de nuestros literatos ¹, y en-

¹ Don Luis José Velazquez no vaciló en afirmar que la poesía lemosina es la más antigua de las vulgares, diciendo que «los poetas provenzales españoles de que tenemos noticia, suben hasta el siglo XI. En él (añade) vivía don Pedro I, si acaso es él y no Pedro II, á quien deben atribuirse los

tremos á considerar el importante asunto de que vamos tratando, bajo su aspecto filosófico, para lo cual será bien que juzguemos comparativamente la poesía provenzal y la castellana. Este exámen nos dará sin duda la luz que apeteecemos, considerando:

Primero: ¿Cuál es el carácter de la poesía de los trovadores desde los primeros días de su existencia? ¿Qué elementos la constituyen? ¿Qué principios políticos y religiosos la animan? ¿Cuáles son las costumbres que revela?

Segundo: ¿Cuál es el carácter de la poesía española desde sus primeros bagidos? ¿Cuáles son las fuentes, donde se inspira? ¿Qué principios religiosos y políticos, qué costumbres representa?

Hé aquí, en nuestro concepto, la fórmula natural de esta cuestión en el terreno de la filosofía. Seremos sóbrios en la exposición de los hechos.

El primer trovador conocido entre los provenzales es, según ya sabemos, Guillermo IX de Poitiers, cuyas poesías reunidas han dado á luz por la segunda vez los eruditos Guillermo Holland y Adelberto Keller ¹. La mayor parte de estas composiciones tienen

versos provenzales de que habla Guillermo Castel. En el siglo XII los hizo don Alonso I de Aragón, etc. (*Orígenes de la poesía castellana*, § IV, pág. 20 de la ed. de Málaga). Sensible es el vernos á cada paso obligados á rectificar los errores, en que han caído nuestros eruditos. Ni el Pedro I ni el II, de quienes habla Velazquez, figuran como tales trovadores en la historia de la literatura provenzal, sino Pedro III, célebre por las *visperas sicilianas*, el cual compuso una sátira contra el rey Felipe, el Atrevido, y el Papa Martín IV, por haberle este excomulgado y aspirar á despojarle del trono. Pedro III murió en 1285, en que pasaron también de esta vida el Papa que le descomulgó y el rey que vino á lanzarle del reino en virtud de aquel anatema. Tampoco es Alfonso I el rey trovador de este nombre; error á que indujo Crescembén á Velazquez, cuando le menciona con este número en su *Giunta alle vite di poeti provenzali*. Fué sí Alfonso II, quien murió en 1196 y compuso varias canciones amorosas, de que sólo se conserva una (*Amat, Mem. de los escritores catalanes*, pág. 13). Ambos monarcas se distinguieron por la protección que dispensaron á los poetas provenzales. Véase pues cómo, rectificando los hechos históricos, queda reducida la antigüedad de estos poetas régios á fines ó cuando más á mediados del siglo XII, en que florece Barbarroja.

¹ *Die lieder Guillelms IX, grafen von Peitieu herzogs von Aquitanien, herausgegeben von Wilhem Holland und Adelbert Keller.*—Zweite ausgabe.—Tü-

por objeto el amor, pasión exajerada y santificada á un tiempo por el espíritu de la caballería, que se iba á la sazón difundiendo por toda Europa. Pero el amor de Guillermo no es el sentimiento de íntima, pura y personal adhesión y de profundo respeto que se descubre en los primeros poemas españoles; sentimiento que entre nosotros no llega á revestirse de las formas de la galantería hasta que deja de existir realmente, con los tiempos heróicos de nuestra historia y de nuestra literatura: el conde de Poitiers, *que fo uns dels maiors... trichadors de domnas... et anet lonc temps per lo mon per enganar las domnas*¹, mostróse sobradamente licencioso, ya intentando probar cuán locos y vanos son los celos de los maridos y aun de los amantes, ya aludiendo impúdicamente á escandalosas aventuras de su vida, ya por último fingiéndose poseído de una pasión contradictoria, cuyo lenguaje era de todo punto convencional y ficticio. La pluma se resiste, por vehemente que sea el deseo de dar á conocer todas estas composiciones, á trascribir aquí los rasgos más característicos de las mismas: respetando, no obstante, la castidad de los oídos de nuestros lectores, permitido nos será traer, para ilustración de este estudio, algunos pasajes. Después de manifestar en la composición II.^a, bajo la alegoría de dos arrogantes caballos *que l'uns l'autre no consen*, el amor que profesa al par á dos damas (n.^a Acnes y n.^a Arsen), narra en la V.^a la extraña aventura que le acaeció en el Limosí con otras dos señoras, mujeres de don Guarín y don Bernardo: fingiéndose mudo, al ser interrogado por ambas, exclamaban estas:

20 Trobat avèm qu'anam queren;
Alberguem lo tot plan é gen:

bingen, 1850.—Estos eruditos tienen por originales del duque de Aquitania las diez composiciones que publican: Fauriel había sin embargo rechazado como apócrifas, la IV.^a y VI.^a, que empiezan:

En aissi cum son plus car.

y

Farai chansoneta nueva.

Ni el estilo ni el carácter de estas poesías, parecen legitimar la insistencia de Holland y de Keller.

¹ Diez, *Leben und werke*, sec. 606, 607.

Que ben es mutz,
E ja per él nostre secret
Non er saubutz.

En efecto le llevan consigo; le dan abundante cena con excelentes vinos; y cuando, solos ya los tres, sospechan que pueda engañarlas, dicen:

Sors, aquest hom es enginhos
E laissá son parlar per nos:
Aportatz lo nostre cat ros
40 Tost e corren,
Que l'in fara dir veritat,
Si de res men.

Como lo pensaron así lo hicieron, causándole tal efecto la vista del gato, que á poco pierde amores y valor. Resiste, sin embargo, y añade:

55 Quan aguem begut é manjat,
Despulley m'á lur voluntat;
Derriere m'aportero'l cat
Mal é felló;
Et escorgeron me del cap
Tro al taló.
60 Per la coa'l pres n'Ermessen
E tirá el cat escoyssen;
Plaguas me feyron mays de cen
Aquella ves;
Coc me, mas ieu per tot aquí
No'm mogui ges.

La decencia impide seguir copiando. Hecha la prueba á satisfacción de doña Ana y doña Ermesinda, y vuelto Guillermo á su castillo, daba á su paje el siguiente encargo para las mencionadas damas:

Monet, tu m'iras al matí
Mo vers portarás al Borssí,
75 Dreg á la molher d'en Garí
E d'en Bernart;
E diguas lor, que por m'amor
Aucizo'l cat.

No puede el cuadro ser en verdad más repugnante, así respecto de la moral que revela en la sociedad como de los sentimientos

que animan al poeta. «Á pesar de los rasgos de truhanesca alegría que cohonestan algún tanto la obscenidad de estas composiciones (escribe Fauriel), no representan con menor franqueza y gravedad una grosera depravación, que puede ser en parte propia de la época, pero que tiene también sin duda mucho de individual»¹.

Sin embargo, el ejemplo del conde de Poitiers fué muy contagioso para los trovadores que le sucedieron; pues que adulterado y desquiciado el noble sentimiento del amor, mientras con mentida adoración levantaba á la mujer sobre todas las cosas de la tierra, anteponiéndola á veces á las del mismo cielo, no podía menos de producir el desorden y la licencia, arrastrando á las mayores extravagancias y aun á los más repugnantes crímenes... ¿Ni qué otra cosa había de suceder, cuando elevada á ley en ese mundo enteramente facticio de los trovadores la manera de amar, se hollaban en el llamado *Código de Amor* los sagrados principios de la familia y aun se atropellaban todos los fueros del pudor y del verdadero decoro? Una sociedad, que admitía sin repugnancia que no era el matrimonio legítima excusa contra el amor²; que oía sin escándalo que no era decente amar á aquellas damas, cuyo pudor las llevaba á desear las bodas³, que sentados estos preceptos, recibía como axioma que el amor nada podía negar al amor⁴, debiendo ser el amante insaciable en los solaces de la amada⁵; que autorizaba por último cierto linaje de torpe bigamia, estableciendo que nada impedía á una dama ser amada por dos hombres, ni á un hombre por dos damas⁶,—expuesta se hallaba con harta frecuencia á presenciar inauditos extravíos, rotos por estos nuevos sacerdotes del amor todos los vínculos de la consideración, de la gratitud y del respeto⁷.

¹ *Hist. de la poes. prov.*, tomo I, cap. XIV, pág. 469.

² Causa coniugii ab amore non est excusatio recta, lex I.^a

³ Non decet amare quarum pudor est nuptias affectare, l. XI.

⁴ Amor nichil posset amori denegare, l. XXVI.

⁵ Amans coamantis solatiis satiari non potest, l. XXVII.

⁶ Unam foeminam nichil prohibet a duobus amari, et a duabus mulieribus unum, l. XXXI.

⁷ El libro, en que existe tan curioso código fué escrito á mediados del si-

Abraze en prueba de esta observación la historia de los trovadores desde el crédulo Juan de Nostradamo hasta MM. Emilio de Laveleye y Fauriel, cuyos trabajos no pueden ser sospechosos para la cuestión presente: Bernardo de Ventadour, el primero y más acabado modelo de los cantores provenzales, aquel cuyas palabras se invocan á menudo como otros tantos axiomas de amor¹, nacido de condición servil en el castillo que le dió nombre, y colmado de beneficios por su señor, que le cria en su palacio con el mayor esmero y cariño, paga toda esta ternura y paternal afecto enamorándose locamente de Adelaida de Montpellier, esposa del mismo conde. Y en este ingrato desvario no para hasta verla encarcelada, vigilada y maltratada por los legítimos celos del ofendido prócer, tras lo cual busca el desalmado trovador en la corte de Leonor de Guiena nuevos amores, hallando en esta princesa más favorable acogida de la que podía imaginarse.—Arnaldo de Marveil, consagrado á la carrera eclesiástica, la abandona en busca de aventuras, y llega por último al castillo de Beziers, donde concibe profundo amor por Adelaida, esposa de Roger Tallafiero, siendo correspondido por ella hasta que Alfonso II de Aragón (y no I, ni IV de Castilla, como dicen Fauriel y Millot) se le declara rival afortunado. Peirols de Roquefort se enamora de la hermana del Delfin de Auvernia, atrayéndose, con el cariño de esta dama, el odio de su esposo, la persecución y el destierro. Beltran del Born, que aparece en el *Infierno* del Dante entre los escandalosos, cismáticos y herejes, llevando su cabeza en la mano², impetuoso, áspero y feroz por naturaleza, consume su vida en torpes liviandades y pendencias, cansándose al cabo de guerras y de amores, y retirándose á un monasterio para purgar sus crímenes; ejemplo que se repitió con excesiva frecuencia entre

glo XII por Maestre Andrés, capellan de la corte real de Francia (francorum aulae regiae capellanus) y publicado con el título de *Tractatus amoris et de amoris remedio*, en los primeros años de la imprenta, reimprimiéndose en 1610 y 1614. Mr. Raynouard lo insertó en la obra ya citada *Des troubadours et des cours d'amour*, pág. 405, etc.: despues le han reproducido varios.

¹ V. Millot, art. *Guillermo Cavestagny*, tomo I, pág. 143.

² Cant. XVIII.

los poetas provenzales durante el siglo XII. Sordelo de Goito, cuyo corazón reparte Blacas á su muerte entre los más celebrados príncipes de su tiempo para infundirles el valor perdido, seduce y roba á la esposa del conde de San Bonifacio, que se había declarado su Mecenaz, abandonándola después y desposándose con la hija del tirano Ezzelino. Pedro Vidal de Tolosa, á quien apellida Millot el *don Quijote de los trovadores* ¹, cae en la donosa locura de juzgarse amado de todas las mujeres, lo cual le acarrea mil desgracias, tomando ya en edad avanzada el nombre de *Lobo*, y siendo cazado como tal en mitad de los montes para complacer á *Loba de Penautier*, ilustre dama de Carcasona.

¿Qué más pruebas se necesitan para comprender cuál era el mundo de los trovadores?... Estas extravagancias y estos crímenes, que se reflejan vivamente en su poesía lírica, y que llenan el primer ciclo de su literatura, ocasionando tan desastrosos sucesos como la famosa tragedia de Guillermo Cabestagny, la siembran de monstruosas impiedades, inverosímiles en todos tiempos y más aun en la época de las cruzadas. Sorpresa nos causa por cierto el ver en aquella edad á Bernardo de Ventadour, comparando los adulterinos besos de su fácil dama con el inefable gozo del paraíso:

É mi balsa la boqu'els hüels amados,
Don mi sembla le joy de Paradís.

Y no menos admiración nos produce Arnaldo de Marveil, quien llega al más alto punto de la exajeración y de la impiedad, cuando exclama:

Que si me lais Dieus s'amor jauzir,
Semblaria'm tan la dezir,
Ab lyeis Paradisus desertz.

Observemos, para no amontonar citas, que así se manifiesta en casi todos los trovadores la verdadera falta del sentimiento: el amor que celebran en sus cantos, por más ardiente é hiperbólico que aparezca, no es la pasión noble y sublime, destinada á purificar el corazón humano, santificada por la religión y escudada por el honor, ni se libra de la liviandad y la licencia, que lo man-

¹ Tomo II, pág. 271.

chan y oscurecen: no es, conforme ha observado un escritor de nuestros días, la llama viva de la existencia, sino la llama pintada de la moda ¹; y para valernos de la fórmula creada por nuestra literatura, está muy lejos de aparecer á la contemplación de la crítica como el *crystal puro, que se empaña del aliento, ó el espejo, que no consiente dos caras* ².

Al lado de este falso ídolo aparecen en la poesía de los trovadores otros caracteres no menos decisivos, no menos esenciales. La sátira y el epigrama son las principales fuentes, donde aquella musa se inspira; la duda y el sarcasmo, aun sobre los objetos más altos y sagrados, constituyen su natural alimento, su más poderoso incentivo. Examinense, en prueba de estos asertos, cuantas colecciones se han dado hasta ahora á la estampa; penétrese con espíritu investigador é imparcial en el fondo de esta poesía: ¿qué encontramos pues en la satírica?... Sin duda se revelan en ella no pocas veces las brillantes dotes que bastaron para conquistar al terrible poeta de Aquino y al picante epigramático de Bilibis señalado asiento entre los vates de la antigüedad clásica. Pedro Cardenal, el más osado y enérgico de todos los cultivadores de la sátira provenzal, el que se creía nacido para amar á los hombres de bien, odiando la maldad y la injusticia, condenaba en sus celebrados *sirventesios* (sinvents) la falsedad y la mentira, mortíferas plagas de su tiempo; combatía el orgullo y la vanidad de los poderosos, cuya falta de amor y caridad los hacia

Amicx de tort, e de Dieu enemix;

y protestando contra su rapacidad y sus violencias, los presentaba á la execración universal como

Treball dels bos, e del layros abricx,

¹ F. Schlegel, *Hist. de la lit. ant. y mod.*, tomo I, cap. VII.

² Esta es la fórmula que nuestra literatura heroico-popular, trasformada ya en dramática, dió á la pasión del amor. Así la comprenden Lope, Rojas, Moreto, y sobre todos Calderon, de quien tomamos la primera frase: la segunda pertenece á una obra poco conocida, debida á Antonio Enriquez Gomez, ingenio de raza hebrea, en su comedia: *Á lo que obliga el honor*, dada á conocer por nosotros en los *Estudios hist., pol. y lit. sobre los judíos de España*, Ens. III, cap. VIII.